

ESTHER

Indudablemente no podríamos concluir esta galería de las mujeres orientales, á quienes creemos típicas de sus respectivas civilizaciones, si no pudiéramos aquí, tras las indias, tras las caldeas y asirias, tras las chinas, aquellas mujeres que representan la civilización semita y la civilización irania en toda su plenitud. Hemos, en volúmenes anteriores, presentado, así el carácter general de la mujer hebrea como algunos de sus tipos más bellos en los orígenes de la civilización y en los comienzos de la historia. La madre nuestra, Eva; la mujer de Noé, que mantiene la perpetuidad, tras el diluvio, de nuestro humano linaje; Sara, genuína representante de la sociedad nómada; la hija de Jefté, nos han ofrecido favorables ocasiones de contemplar á la mujer hebrea en los primeros tiempos de su aparición y en los primeros albores

de su historia. No cumpliríamos, ciertamente, con el fin que nos proponemos de contemplar la civilización bajo su aspecto femenino en esta galería histórica de las mujeres célebres, si nos faltase un tipo femenino perteneciente á la época en que la civilización judía llega por completo á su madurez y á su robustecimiento. Por eso hemos escogido un tipo en el cual se vea toda la influencia benéfica por los judíos á sus mujeres atribuida en sus tradiciones y en sus libros hasta el punto de creerlas sus salvadoras y de fundar fiestas conmemorativas consagradas á la celebración y apoteosis de sus innumerables beneficios. Y para esto no hemos encontrado tipo ninguno tan propio como el tipo de la reina Esther, cuyas relaciones con los persas nos permiten adelantar algo respecto de este pueblo, al cual queremos ver en ocasión más propicia, como la célebre de sus guerras médicas, tan profundamente relacionadas con la civilización universal.

No debe perderse de vista jamás en el estudio de una mujer cualquiera los caracteres generales que reviste su sexo en el pueblo á que pertenece. No brilla la civilización hebrea por su originalidad. Nómadas venidos de Caldea sus primitivos fundadores; discípulos del Egipto su primer legislador y sumo sacerdote; poderosamente influídos los reyes de Jerusalén y la tribu de Judá por sirios y fenici-

cios; esclavos luégo de Nínive, de Babilonia, de Susa, por todas partes han ido tomando mucho de aquello que podían darles en su contacto con ellos las ajenas civilizaciones. Así hemos visto que la tradición, por ejemplo, del diluvio, resulta una tradición caldea, y que los principales preceptos mosaicos una tradición egipcia. Pero no puede negarse que ciertas leyendas y cierta simbólica religiosa se tiñe del espíritu israelita, el cual queda idéntico siempre á sí mismo, á pesar de todas sus copias, de todas sus traducciones, de todos sus plagios. Y si bien el Paraíso judío está tomado, en parte, de las tradiciones asirias y caldeas, adquiere un carácter distintivo suyo que no puede por manera ninguna desconocerse y olvidarse. En la Biblia mazdea, en la Biblia escrita por Zoroastro, los dioses del mal atacan al primer matrimonio para perderlo y ahuyentar del mundo la inocencia, la felicidad y la virtud; pero en la Biblia hebraica, Satanás, que personifica el mal, tienta y seduce á la mujer para que la mujer pierda con sus protervos consejos al hombre. Así resulta Eva la serpiente de Adán.

A consecuencia de tal drama, en toda la tradición bíblica la sombra del funesto manzano que destiló la triste levadura del mal sobre la tierra oscurece á la mujer. Por ella perdimos el Paraíso, donde no había sombra ninguna de mal; por ella

nos despojamos de nuestra inocencia, que nos hacía tan felices en brazos de la naturaleza; por ella gustamos todas las acerbidades y todas las acedías de nuestra mísera existencia; por ella nos enredamos en el mal y nos caímos en brazos de la muerte. Así por toda la civilización hebraica se conoce como el dejo amarguísimo que transmite al tiempo y al espacio esta primera culpa de la primera mujer. La desestimación del sexo femenino pasa desde las edades hebraicas á las primeras edades cristianas. Los padres de la Iglesia participan un tanto del concepto que les transmite la idea hebraica, madre del cristianismo. Necesitose un movimiento muy adelantado y progresivo de la civilización para que surgiese poco á poco el tipo sobrenatural de la Virgen Madre y quebrantase bajo sus piés la cabeza de aquella serpiente cuyo áspid ha emponzoñado toda nuestra vida.

Y á pesar de esto no puede negarse que la mujer ejerce grandísima influencia en el pueblo hebreo. Ya lo hemos visto en las mujeres trazadas en otros libros y puestas en otras secciones de nuestra historia. El pueblo donde la hija de Jefté se inmola por todos los suyos, y Ruth traza el idilio que todavía nos hechiza en estos nuestros tiempos, y Débora produce con su acento el cántico belicoso quizá más antiguo en los anales humanos, y Judith salva

con su esfuerzo á Betulia, y brillan mujeres como Esther, no puede, no, decirse que sea un pueblo de todo en todo ajeno al culto que la mujer exige de los pueblos verdaderamente civilizados y espiritualistas. Pero sucede por ley natural que pueblo semita el pueblo hebreo, no tiene de la familia el puro concepto que han tenido nuestros padres, los indohelenos, á quienes llamamos arios. La unidad pura de Dios, el concepto espiritualista de la Providencia no han excluído ciertas propensiones idólatras del pueblo hebreo, y hale sucedido en moral pública y privada cuanto en religión le ha sucedido también. A pesar de los preceptos mosaicos, y del Decálogo, y de aquel mandamiento que le prohíbe codiciar la mujer de su prójimo, el hebreo está demasiado cerca de los pueblos polígamos para no caer un tanto en la poligamia, y lleva demasiada sangre semítica en sus venas para no levantar el harén como parte integrante del palacio. Así la mujer alcanza una grande influencia física más que una grande influencia moral entre los hebreos.

Las gracias de una hebrea perdieron á Sísara. La noche aquella en que Judith acaba con Holofernes, por cualquier lado que se la mire y se la juzgue, resulta una verdadera noche de prostitución. La mujer judía se ha puesto sus joyas más preciadas y se ha vestido con sus trajes más vistosos. El cuerpo

suyo, adobado con toda clase de perfumes, embriaga y enloquece. Zumos bien olientes dan á sus labios y á su respiración atractivos enloquecedores. Hase marchado sola y se ha metido en la tienda del general con provocaciones al vicio y al placer. Ella lo atiborra en babilónica cena, lo emborracha con la mixtura infernal de todos los vinos, y cuando ya le tiene por completo exhausto en su lascivo seno y sobre su voluptuoso tálamo, lo mata, salvando á su pueblo, más que con los esfuerzos de su valor, con los atractivos de sus carnes. Pues algo semejante sucede con Esther, á quien deseamos historiar guardando á su historia todo el respeto que nos hemos propuesto á las tradiciones y sin detenernos á contemplar su realidad mucho más tiempo de aquel que necesitamos para salvar nuestra conciencia de historiadores. Pero lo cierto es que ha instituído el pueblo judío una fiesta por su salvación en cierto instante histórico, y tal fiesta sólo conmemora el influjo ejercido por una mujer muy bella, influjo esencialmente sensualísimo sobre un rey muy comido y devorado por toda clase de vicios.

El criterio histórico moderno tiene que apreciar el verdadero valor de libros tales como el referente á Esther. Y así no puede caer, ni en las admiraciones efusivas de los judíos que lo cuentan entre sus

más gloriosos blasones de tribu, ni en la fe del carbonero con que se han admitido en posteriores tiempos todos estos relatos, encubriendo las contradicciones y las inverosimilitudes que pululan en ellos tras el sacro velo de nuestros santuarios. Primeramente no se conoce rey persa ninguno en la cronología de su imperio con el nombre de Asuero. Los más eminentes críticos del Antiguo Testamento creen que Asuero es Gerges, y se fundan para ello en las consonancias que hay entre un Asuero como el de los libros sagrados y un Gerges como el de los libros helenos, crueles ambos en sus actos, déspotas en sus gobiernos, sensuales en sus propensiones, vengativos en sus rencores. Creen que Asuero sea Gerges por corresponder las asambleas de primates y sátrapas contadas en los libros griegos como preparativos á sus expediciones contra la Hélade y las asambleas contadas en el relato urdido sobre la reina Esther. Los años atribuídos en la historia sacra y en la historia profana de consuno al reinado de Asuero y Gerges concuerdan é inducen á creer en su identidad. Pero, sea de esto lo que quiera, no puede atribuirse un valor puramente histórico á este libro de la reina Esther, por muchas y muy valiosas razones. Primeramente contrasta de tal suerte con todos los otros relatos bíblicos que lo diríais aparte, según lo singular y lo extraño,

como si nada tuviese, no ya de idéntico, de análogo siquiera, con los otros libros sacros.

En estos se oye, más que en ninguna otra, la nota teológica. En el relato de la reina Esther se oye la nota política. Todos los encarecimientos y todos los superlativos se relacionan en las demás obras bíblicas de seguro con el nombre de Dios, y el nombre de Dios parece aquí proscripto. Todos los comentaristas, Baumgarten y Kuenen con especialidad, apuntan esta observación, la de que no aparece jamás en el libro de Esther el nombre de Dios, como si la tierra se hubiera al cielo sustituido y el pueblo de Israel al sumo Jehovah. Verdaderamente, la religión que predomina en este libro no parece tanto una religión teológica cual una religión política. La fecha del libro no puede fijarse con exactitud, pero debe deducirse de sus relatos. Y como se haya escrito para narrar el origen de una fiesta litúrgica y religiosa conocida con el nombre de *Purim* y los primeros rastros de tal fiesta encontrados sólo remonten á tres siglos antes de Cristo, quiere decir que tres siglos antes de Cristo debieron estas historias escribirse. Creen algunos que la fiesta de *Purim* no debe considerarse sino como una fiesta de los persas, consagrada por éstos á la primavera y copiada luego por los judíos. Mas, vista la repugnancia de los últimos á todo cuanto de

suyo trascendiese á idólatra y pagano, hay que repugnar el origen dado por ciertos eruditos como Meyer á la fiesta pública. En tiempo de Josefo y en tiempo de los Macabeos existía ya el relato de la reina Esther, y tal seguridad y certeza nos determina con determinación incontrastable á creerlo nacido en el siglo tercero anterior á nuestra era cristiana.

Deben, además, notarse las grandes interpolaciones que penetran en todos estos escritos y que obligan á examinarlos muy despacio. Una concienzuda meditación de quien los examinara con solícito cuidado llevaríale á creerlos hechura de un judío palestino, muy sabedor de cosas persas, pero hechura más tarde alterada con aditamentos alejandrinos. A lo mejor, en el seco relato judío se tropieza con párrafos mágicos y párrafos religiosos, los cuales apenas se suman al resto de la narración y están allí cual extraños á ella y metidos adrede con escaso artificio en el interpolador. En varios puntos la historia sólo sirve para desenvolvimiento retórico, y se invoca, no como ampliación de lo contado, como materia de discurso. Hay en él ficciones muy groseras, que no solamente carecen de verdad, sino que carecen también de verosimilitud. La lengua no tiene pureza ninguna. Cargada por todas partes de nombres extranje-

ros, huele á relación de cautivo que ha visto á los persas muy alto y se ha visto á sí mismo muy bajo. Pero de cualquier modo que sea, nosotros no podemos exentarnos de copiar el tipo presentado en esta relación. Historia, novela, discurso apologético, narración litúrgica explicatoria de una fiesta ritual antigua, sea lo que quiera, decimos de la reina Esther lo ya dicho de Kumarita, de Damayantia, de Urvasia, de los varios retratos puestos en este libro, la poesía excede muchas veces en verdad á la historia.

Comienza el relato con múltiples noticias de la grandeza que resalta en Asuero. Para encarecerla bástale decir que contaba en su imperio ciento veintisiete provincias, las cuales extendían su territorio desde los calcinados arenales de la seca Etiopía hasta las selvas fecundísimas de la húmeda y próspera India. Como se ve, todos estos caracteres cuadran por completo á un rey, el cual tuviese la gloria de aquellos que habían constituido vastos imperios en las orillas del Tigris, en las orillas del Éufrates, en los valles de Persia, pues apenas podían reinar si no abrazaban dentro del recinto de su imperio desde la desembocadura del Ganges hasta la desembocadura del Nilo. Aquella inmensa cuenca de Persia, ceñida por todas partes con un anillo de montañas, consistía en espaciosa soleda-

des, sobre las que se había revolcado el mar en otro tiempo, ligeramente onduladas por colinas de un rojizo color, que les dan el aspecto de nubes caídas desde lo alto y solidificadas por maravillosa manera. No hay aquí aquel Éufrates que baja de los montes armenios y desemboca en los mares, formando una especie de mar abreviado antes de la desembocadura. No hay aquí sino arenales inmensos y montañas áridas, algunas veces en compañía, ya de arroyos, ó ya de torrentes, que, doquier fluyen, esparcen prodigiosa fecundidad. Naturalmente, aridez tan grande obliga de suyo á un expatriamiento. Y como quiera que tal expatriamiento necesario sólo pueda contrastarse con la conquista y con los recursos por la conquista procurados, el persa deberá romper tierras afuera con todo cuanto le circunda y constituirse por necesidad en tirano de sus vecinos. El imperio persa resulta en la historia un imperio á caballo. Su largo cetro no es más que una larga espada.

En aquel clima se recogen á manos llenas los ardores del combate. Por muchas partes se oyen, allá en las hondonadas, mugir los volcanes. Por otras partes sale nafta encendida como hirvientes aguas del infierno. Aquí la Ircania con sus tigres, allá el Macenderán con sus marismas. Alguna vez la montaña filtra un arroyo ó impele un torrente, y en-

tonces el olivo y el granado se juntan á la morera y á la palma. Pero donde no hay agua el calor llega en su intensidad á tales extremos, que da rabia y locura de muerte. Tres zonas tiene Persia: la meridional, seca; la media, cultísima; la septentrional, inculta. El cielo, en cambio, resulta de una incomparable claridad. Los áridos desiertos envían á los horizontes unos esmaltes, y unas reverberaciones, y unos reflejos, de los cuales, ni en Italia, ni en Valencia, ni siquiera en Andalucía, podemos tener idea. La intensa luz allí, no templada como en el trópico húmedo por vegetales de todas clases, recogida en verdaderas planchas metálicas que la rebotan de nuevo arriba, lo penetra todo, lo envuelve todo, lo calienta todo, lo anima todo. El cobre, y el azufre, y el oro, y el lapislázuli, y el zafiro, y las turquesas, y las amatistas, ciñen á Persia como con una diadema de pedrería. El persa se querrela con facilidad y con facilidad se apacigua. Pasa del ímpetu á la concordia de un salto. Guerrera sin descanso y comercia con cálculo. Monta en su caballo de guerra con la misma facilidad que unce los bueyes y ejercita el arado. Los iraníes representan con mayores títulos que los asirios y que los caldeos la familia por excelencia guerrera de nuestras razas arias. En aquel desierto de fuego, en aquellas altiplanicies de verdadera

desolación, donde se tocan los más opuestos climas y en veinticuatro horas se conocen los mayores cambios de temperatura, por necesidad ha de criarse una raza vigorosísima, tentada por su interior compleción á la conquista. Colocados los iraníes entre la India y la Caldea su posición geográfica les lleva naturalmente á su sér como una síntesis real é histórica.

Hales mucho servido para este fin su gran legislador Zoroastro. Los materialistas de la historia dicen que los pueblos se forman en su territorio, arrastrados por animales instintos, cual se forman los enjambres en sus colmenas. Y yo creo que los pueblos se animan á una idea y viven por un libro. Los vedas en la India, los magos y astrólogos en la Caldea, Confucio y Budha en la China y en el Japón, en Judea la Biblia, en Egipto el papiro consagrado á la memoria de los muertos, el Zendavesta en Francia y Persia, representan lo mismo que representan entre nosotros los Evangelios, ora leídos en el hogar de Londres y de Boston, ora cantados en San Pedro de Roma y en San Isaac de Moscou, que razas varias delectan desde los hielos de Islandia, en el polo Norte, hasta los desiertos de Patagonia, en el polo Sur, sosteniendo las almas y avivando las civilizaciones con su verbo inmortal. Esta Biblia de Zoroastro está inspirada en lo que anima